

E

1.1

El Museo de Bellas Artes de Bilbao ocupa una esquina del Parque de Doña Casilda¹, pulmón verde de la villa, poblado de plataneros, palmeras, arces, y también de flores: las nissias sylvaticas, los magnolios glandifloras o las sóforas. En este enclave destacan el estanque, flanqueado por barquilleros, en el que conviven distintas especies de patos, cisnes y pavos reales; una pérgola, escenario para actuaciones principalmente musicales, que rodea una fuente cibernética utilizada en espectáculos de agua, luz y sonido; varios monumentos, entre ellos, el que evoca a la citada benefactora; y, por último, un carrusel de estilo clásico. A esta descripción, habría que añadir que por sus cuatro puntos cardinales resalta el verdor de sus jardines y parterres.

Todos los amantes de la pintura y la escultura consideran a esta pinacoteca, con más de cien años de historia, como una de las preferidas en su agenda cultural. El edificio consta de dos partes levantadas en fechas diferentes y conectadas por una galería. La primera, es de líneas neoclásicas combinando la piedra y el ladrillo rojo; y la segunda, es una construcción más audaz, de línea minimalista y materiales modernos: el metal

¹ Doña Casilda de Iturrizar siempre será recordada por sus acciones filantrópicas, especialmente con los más desfavorecidos de la villa. (1818-1900)

y el vidrio. Gracias a su estudiado conjunto, cualquier visitante puede advertir la perfecta distribución de sus salas.

Y en sus magníficas instalaciones museísticas sucedió el extraordinario caso que deseo dar a conocer a los lectores de este libro. Que quede muy claro que no es mi intención hacer aquí un relato detallado de lo sucedido sino simplemente reflejar los hechos y los dichos más significativos, ya que, lo que emociona es la realidad, la historia justamente narrada. De los dichos, tengo el permiso de sus protagonistas para citarlos en estas páginas; sin embargo, evitaré escribir sus auténticos nombres según me han solicitado.

Sentado este preámbulo, me dispongo a exponer este enredo, en el que nada es lo que parece.

¿O sí?

En primer lugar, recordaré la fecha y también la hora del arranque de esta historia según ha quedado fielmente reflejado en los archivos del museo, que guardan, día tras día, hasta las menores incidencias ocurridas entre sus paredes: aconteció el primer miércoles del mes de octubre de hace dos años, jornada en la que estaba muy concurrido debido a la gratuidad de su admisión; como así sucede cada miércoles.

No había llegado la larguirucha manecilla del reloj a marcar las seis de la tarde por culpa de unos torpes segundos, cuando de repente un agudo grito invadió la planta segunda:

— ¡Un fantasma!

Y así debía ser, porque de improviso atropellados pasos surgieron por todas las esquinas, llenándose éstas de embarulladas voces marcadas por la gran excitación de los visitantes, que previamente habían estado ad-

mirando boquiabiertos tanto obras de El Greco como de Goya, Ribera, Zurbarán, Murillo, Madrazo, Solana, Vázquez Díaz, Tàpies, Zuloaga o Chillida, entre otros.

— ¡Un fantasma!

— ¡Un fantasma!

Los que lo habían visto y los que no, repetían sin más tan tremebundo anuncio: *¡Un fantasma!*, sumidos en el terror y con los ojos enloquecidos, cercados por una pronunciada palidez facial; fruto del espanto que habían experimentado ante aquella presencia tan inesperada.

Unos vociferaban:

— Va por allí.

Otros, en cambio:

— Va por allá.

El barullo era enorme.

El pánico, tremendo.

Nada extraño por otra parte; puesto que el barullo y el pánico son ingredientes muy usuales en tales circunstancias.

A decir verdad, nunca había habido tanta confusión en este paraíso del arte a manera de aquella tarde, ni nadie había imaginado aquel panorama tan deplorable, rodeados de tanta creación de la que cualquiera de sus numerosos admiradores allí presentes hubiera asegurado que rozaba lo divino.

Los segundos que momentos antes habían corrido perezosamente por la esfera del reloj, en este preciso instante, transitaban locos, desesperados, y fue por esto por lo que la larguirucha manecilla ya marcaba las seis y ocho minutos de aquella siniestra tarde.

— ¡Salgamos! —gritó intentando poner orden en el caos, tan espeso que se podía palpar, la típica persona, anónima, que suele tomar las riendas en este tipo de situaciones extremas, paseando una mirada circular sobre los asustados visitantes.

Fue, sin duda, una sugerencia muy puesta en razón y ampliamente aceptada. Y entre los que sin pensarlo le hicieron caso, estaba Hilo, habitual del museo los días de entrada gratuita, que por un momento atenazado por los nervios, acelerados por la rápida sucesión de acontecimientos, y con los pelos de punta, se había quedado quieto en el descansillo de la escalera, pavimentado con losetas blancas de aspecto brillante.

— ¡De prisa!

— ¡Venga!

— ¡Adelante!

Amoldando las debidas precauciones a la situación, abandonaron el museo, al ritmo que la urgencia les instaba, por la cafetería o por las acristaladas dobles puertas de su atrio principal, largo y espacioso. Aquello fue muy propio de un *sálvese quien pueda general*.

— ¡Un médico, un médico! —solicitó un hombre al ver a un individuo, tumbado a lo largo sobre una alfombra roja con los brazos a los dos lados de su cuerpo y las piernas estiradas, el cual por un mal tropiezo había dado de bruces en el suelo debido a los equívocos zarandeos de la escapada. Después de varias exploraciones, el diagnóstico no ofrecía ninguna duda, se encontraba en perfecto estado; tanto el pulso, la respiración y la retina no presentaban consideración crítica reseñable.

Al punto, se pudo levantar.

18:11h.

Fuera del edificio, las terribles emociones del grupo fueron languideciendo y su alterado ánimo, acompañado de corajes encrespados, poco a poco terminó por calmarse con la ayuda del aire fresco de aquel día de octubre que previamente he señalado. Asimismo, sus corazones que creían huidos para siempre, habían vuelto a su sitio y, sin más sobresaltos, latían casi con normalidad, al mismo ritmo que de costumbre.

De vez en cuando, les envolvía el típico ruido de esporádicos truenos y rayos que revoloteaban por la cúpula ennegrecida del cielo; siempre han sido elementos imprescindibles en escenas fantasmagóricas de cierto fuste. Escondidos sus rostros tras esta penumbra, ni el deslumbrante sol que se marchaba por el ocaso ni la plateada luna tuvieron ocasión de formar parte de aquel revoltijo de voces y personas.

Veinte minutos después del deplorable accidente, lo único que se pudo saber es que tan peculiar sujeto, que más se parecía a una mancha funesta, llevaba una sábana blanca. Nada por otra parte extraño; es el sudario habitual de la mayoría de los fantasmas cuando hacen acto de presencia en los sitios más inesperados. De su cabeza colgaban largos mechones grises. Sus manos, huesudas. En su rostro, blanquiamarillo, destacaban su mandíbula desdentada; sus pómulos, pronunciados; su nariz, ganchuda; y las cuencas de sus ojos profundas, vacías. Y de su constitución solo se puede decir que reflejaba una exagerada delgadez. No seguiré con su descripción: me parece que estas notas permiten a cualquiera hacerse una idea clara de su morfología si, además, con anterioridad ha examinado láminas de estos seres en alguno de los libros publicados o, también, lo hace en Internet. Por otro lado, en lo referente a su

alma, no había dado ningún tipo de muestra de su existencia.

Con el ademán característico de estos espectros, el fantasma caminaba aquella tarde por las galerías en zapatillas de paño, imitando la ejecución de una danza misteriosa. No les fue difícil descubrir a los reunidos lo siguiente: el tipo conocía con sumo detalle los revoccos de las salas y zonas de paso, y, es por esto, que pronto por el ala izquierda de este museo escapó de su visión, la cual había durado muy poco, casi menos de lo que yo he tardado en narrarla.

— ¿En dónde se habrá metido el muy...?

Los que no habían tenido la oportunidad de verlo con sus propios ojos querían saber con peticiones de explicación llenas de miedo, encrespada su curiosidad, más datos: *si había proferido palabra alguna o si les había amenazado.*

Negativo.

Ni una cosa ni otra.

Solamente, les había lanzado unas grotescas risotadas, que le habían hecho retorcer sus rasgos en una mueca horrible, antes de evaporarse por uno de los barnizados pasillos, tal cual he dejado previamente constatado. Poco después, sí que escucharon unos temibles juramentos con expresiones posiblemente utilizadas en el siglo XVII, los cuales hicieron tambalearse hasta los mismísimos cuadros allí mostrados.

Con unos leves residuos de angustia, permanecían los afectados formando un apiñado corro en varias filas. Realmente estaba allí, aquella tarde, una singular mezcolanza de personas, desde entendidos en el tipo de obras en aquel lugar expuestas hasta turistas normales, que suelen recorrer los museos que aparecen en las guías de viajes.

No faltaron críticas al museo, hubiera sido milagroso si no se hubieran producido, por tolerar la presencia de un fantasma en sus pasillos y salas de exposiciones, y por no disponer, para estos casos, de algún sistema de protección contra este tipo de individuos, si así se les pudiera clasificar. *Esto es inadmisibile*, resultó la opinión más extendida en la espontánea asamblea de afectados. Algunos incluso sugirieron redactar una sencilla carta de protesta concebida en los siguientes términos y hacerla llegar al Director a la mañana siguiente:

Muy señor nuestro:

Ante la presencia de un fantasma en las galerías del museo, deseamos manifestarle nuestra mayor contrariedad.

Nos ha impedido admirar las obras aquí exhibidas con la tranquilidad y calma necesarias.

Quisiéramos, señor Director, que no vuelva a repetirse esta escena y si es de la voluntad del museo lo contrario, que sea justamente anunciado, puestos los avisos oportunos.

Atentamente,

(Firma de los afectados)

Sin más tardar la recibió a primera hora de la mañana del día siguiente. Y una vez leída, exclamó:

— ¡Por los pinceles de Goya!

Su secretaria, sentada al otro lado de la mesa de su despacho, le informó de los sucesos acaecidos la tarde

anterior en su ausencia y según la escuchaba, consideró que si el fantasma hubiera anunciado su visita con antelación suficiente para cuadrar la agenda, él con mucho gusto le habría saludado con la debida cortesía.

No había sido así y en consecuencia, el buen prestigio de la institución museística, conseguido con el acertado hacer de muchos años, había sufrido un pequeño deterioro. Y este fue el motivo, por el cual su Director decidió ponerse al frente de un posible encuentro con dicho fantasma y durante horas recorrió el edificio de arriba abajo, de un extremo al otro, sin ningún éxito.

Aclarado el tema de la carta y sus consecuencias, deseo volver a la narración de la tarde anterior, a las horas mismas de los acontecidos.

Este asunto del fantasma unido a la sustracción de un cuadro, que había tenido lugar semanas antes, llevó al equipo de seguridad a manifestar que el trabajo se les había amontonado.

En las primeras indagaciones solo un dato llamó abiertamente la atención. Una chica rubia, con los veinte años cumplidos, había permanecido dentro del museo durante este aparatoso rifirrafe. Y mientras unos dialogaban con cierto acaloramiento, ella bajaba de forma tranquila desde la planta segunda, en donde acababa de suceder la aparición del fantasma, como si nada hubiera ocurrido. Y cuando le preguntaron si le había visto, solamente pudo responder con modales perfectos sumida en la mayor de las sorpresas: *¿Qué fantasma?*

¿No se había enterado?

¿Se hacía la ignorante?

¿El fantasma y ella se conocían?

Cualquier cosa podía ser posible. Ahora sí, en aquel encuentro no salió de su boca información alguna, que aclarara su tardanza en descender por las cuidadas escaleras del museo.

— ¿Cómo se llama señorita? —le preguntó el Jefe de Seguridad.

— Mi nombre es Letra.

— Suele venir más veces a este...

— Sí señor, vengo con mucha frecuencia.

Adoraba la pintura. *Desde hace años*, matizó. De hecho, estudiaba Bellas Artes en la Universidad.

Para examinar los diferentes pormenores de este caso, que tantas opiniones había levantado entre los amantes de este museo, el Jefe de Seguridad reunió con máxima urgencia a sus subordinados y solo les pudo manifestar, con un tono rígido y voz clara, lo siguiente:

— Tenemos por un lado al fantasma y a la chica; y por otro, el cuadro robado hace escasas fechas. Por alguna razón que no puedo explicar en estas precisas circunstancias, presiento que debemos unir los tres elementos para resolver ambas cuestiones.

Tras unos segundos de reflexión callada...

— Se me ocurre un problema, ¿para qué quiere un fantasma un cuadro? —señaló uno de aquellos subordinados—. No creo oportuno inscribirle en la lista de los sospechosos.

La sugerencia fue más o menos aceptada por la mayoría mientras le daban mil vueltas al asunto con la sana intención de encontrar una luz, que los condujera raudos hasta la solución.

— ¿Y si está ahora el cuadro en manos de un coleccionista de un país lejano aprovechando la oscuridad y

la templaza del agua de la ría de la noche en la que lo descolgaron de la sala, primero, y después, en barco se lo pudieron llevar? —advirtió otro.

Esta posibilidad, la que menos deseaban. Si fuera éste el caso, el rescate del cuadro se presentaba difícil, por no asegurar imposible.

Qué duda cabe que éstas y otras reflexiones parecidas, que surgían de forma espontánea, guardaban difícil respuesta con las escasas referencias conocidas hasta entonces.

Tras un breve silencio, le miraron al Jefe reflejada en su rostro la pregunta: *¿Por dónde empezamos?*

— Empecemos por donde empecemos, debemos mantener la investigación de estos hechos fuera del alcance del público, al menos en esta primera etapa, y de esta manera, impedir que se convierta en fuente de las típicas tergiversaciones o habladurías sin resultado positivo alguno. Al responsable de las relaciones externas le facilitaremos solo las noticias, ciertas o no, de nuestro interés, para que las haga públicas sin temor alguno a un posible descrédito de las gestiones en curso. Nunca es bueno hacer las cosas sin haber previsto todas las consecuencias probables hasta las más inverosímiles.

Le escucharon atentos.

— Mos, repasarás los videos de este día. Y si consideras que algún movimiento sospechoso nos puede llevar a la solución, nos avisas.

— Sa, interrogarás a los que vieron al fantasma de cerca. Quiero conocer cada uno de sus movimientos y si habló con alguien en particular.

— Has, date una vueltecita por todas las casas de subastas de arte y con absoluta discreción pregunta sobre el tema a los entendidos, que suelen acudir a este